

EL CRISTO AMERICANO, ERNESTO CHE GUEVARA
Y EL KERIGMA POPULAR Y POÉTICO
DE SU RESURRECCIÓN

Luis Correa-Díaz
University of Georgia

El Cristo es colectivo o no es
Alejandro Jodorowsky

Y ahí está el enamorado
pidiéndole a la esperanza
que su pecho no se inunde
con el llanto de su tiempo
Santiago Feliú

El artículo a continuación podría lo más bien ser una respuesta indirecta pero muy apropiada a las preocupaciones del Reverendo Peter Mullen -rector del St. Michael's en Cornhill, Inglaterra, y capellán del London Stock Exchange-, quien escribiera, a principios de enero de este año (1999), una indignada nota periodística, titulada "Che Guevara Superstar" (*The Wall Street Journal*), quejándose de que los líderes radicales de la iglesia Anglicana de su país hubiesen emprendido una campaña "repugnante": promover la asistencia a los servicios de la Pascua próxima (4 de abril) tratando de modernizar/desafiar la tradicional imagen de Jesús -nórdica para ellos-, siendo reemplazada por la del revolucionario argentino, para lo cual piensan distribuir alrededor de 50.000 afiches que lo muestran como un Cristo coronado de espinas. Para el Rev. Mullen esto no sólo compromete la sanidad mental y la inteligencia de esos líderes eclesiásticos, sino que también constituye un atentado/desvío teológico, por cuanto Jesús nunca predicó, según Mullen, la revolución permanente ni, menos, armada, la suya fue una y de una vez para siempre -encarnación, muerte y resurrección-, luego de lo cual su iglesia ha sobrevivido y prosperado a través de lo institucional, "instruments not of revolution but of establishment." Situación esta última que no debe ser puesta en peligro. Independientemente de las

querellas y argumentos religiosos a favor o en contra en tal asunto y en tal contexto, lo que el Rev. Mullen muestra es un absoluto desconocimiento de eso en otro contexto, más al sur, en América Latina.

Previo a la histórica visita apostólica -(re)evangelizadora- del Papa Juan Pablo II a Cuba, entre los días 21 y 25 de enero del año pasado (1998), un joven isleño dijo, al ser entrevistado por un periodista de la televisión hispana de Miami, que a su juicio no importaban cuáles fueran las consecuencias del paso del Apóstol por esas tierras, su país seguiría teniendo su propio Cristo en la figura del *Che*.¹ Esto se hizo evidente para todo el mundo el último día de la estada del Papa en la isla.

Aquel domingo 25, cuando este Papa trotamundos ofició la cuarta y última de las misas al aire libre programadas en su gira, en el centro mismo de la Plaza de la Revolución de la ciudad de La Habana y en presencia del propio Fidel Castro -quien despediría más tarde a Su Santidad en el aeropuerto internacional José Martí con grandes muestras de debida gratitud- y de su fiel amigo colombiano y Nobel de Literatura Gabriel García Márquez que estaba a su izquierda, ese día se produjo un hecho sin parangón y que no hace más que rubricar simbólicamente -como si tal hubiese sido el verdadero *motivo de son* de esos pocos días, o sea del viaje, expresándose uno aquí a lo Guillén- una especie de canonización extraoficial que a estas alturas de la historia ya resulta casi del todo ceremonial, aunque el acontecimiento no deja de ser relevante.

Frente a la tradicional imagen del Sagrado Corazón de Jesús pintada sobre un inmenso lienzo colorido colgado de uno de los muros que estaban a la espalda del Pontífice, quien presidía el evento bajo un toldo blanco en forma de paloma-espíritu santo y que fustigaba desde allí tanto el Capitalismo como el Comunismo por igual, frente a esa aparición pictórica de Jesucristo se encontraba y se encuentra aún la clásica imagen del Comandante Ernesto *Che* Guevara.² Se trata de un gigantesco mural metálico en bajo relieve, sobre la fachada del edificio del Ministerio del Interior, que reproduce en silueta la fotografía más conocida del popular guerrillero, la que le tomara Alberto Korda en 1960. A un lado del mural, que en principio estuvo pintado, reza como leyenda una de las más célebres frases guevarista y que pertenece a la carta de despedida a Fidel y al pueblo cubano: "Hasta la victoria siempre." (*Obras escogidas* 698)

No hay que forzar en nada las cosas para darse cuenta de lo que sucedió y que, seguramente, debió escapar a cualquier propósito consciente de la susodicha visita papal. Allí estaban frente a frente Jesucristo y el *Che* en un aparente desafío, en un supuesto combate. No obstante, bien visto el caso, en ese momento, y como si fuera algo escrito con letras precisas en el gran libro de los acaceres providenciales, la gente local y quienes seguían los acontecimientos desde otros puntos del orbe asistieron sin saber y sin querer, aunque en el fondo se cumpliera así el secreto anhelo de muchos, a

la canonización imprevista e inconfesada del *Che* Guevara. Es costumbre casi que el Pontífice en cada uno de sus viajes realiza un rito de este tipo: beatifica, canoniza o promete estudiar el caso de algún hombre o de alguna mujer que huelga a santidad.³ En esa ocasión no hubo, en rigor, tal acto oficial, pero la situación superó toda previsión y propósito. Se impuso la Providencia, aun si algunos vieran en esta afirmación el insulto de una herejía. El corazón del *Che* quedó a la altura del de Jesús y el Papa, más allá de sus intenciones apostólicas del momento, pontificó en ciudad de La Habana con la imagen o el ícono callejero del revolucionario frente a sus ojos y con la de Jesús a su espalda.⁴

El recuerdo de su “querida presencia” (expresión que tomo de la famosa canción *Hasta siempre* del cubano Carlos Puebla), es decir, ese ya prolongado culto -más de tres décadas- a su imagen y a todo lo que se le relacione, no sólo manifiesta en este sentido lo que Ileana Rodríguez ha dicho recientemente con mucha precisión, resumiendo innumerables páginas al respecto: “The function of Che in revolutionary narratives and iconographies has been that of a lay saint embodying something that was not of this world, the unusual virtues of beings constructing utopias.” (61) El *Che* no solamente ha alcanzado el *status* de una especie de santo⁵ y mártir laico -amén, por supuesto, de varios otros que escapan a la esfera religiosa cristiano-católica que aquí preocupa, como, por ejemplo, el de héroe romántico, visionario, ídolo pop, *superstar* internacional, o la de mito/leyenda simplemente⁶-, sino que ha sido cristificado: se piensa en él como en el propio Cristo, incluso se sabe que el guerrillero se identificaba con esa figura en no pocos momentos.⁷ El *Che* Guevara es (entre nosotros), como lo expresa desde su título la canción del argentino Daniel Toro, el “Cristo americano.”⁸

Es sabido y acordado que la existencia del Che Guevara -paradigma del sujeto colectivo revolucionario, del (pueblo) *guerrillero*- se asemeja en muchísimos aspectos a la vida, pasión y muerte de Jesús.⁹ Casi todo o todo en él podría ser visto con una mirada cristológica -no sólo su persona, también, por ejemplo, sus obras, sus escritos¹⁰- y esto sin caer en anatemas contrarrevolucionarios ni en comparaciones heréticas. Recuérdese que, pese a que se lo quiera negar, siempre religión y revolución se implican mutuamente, tanto a nivel epistemológico como sociológico y aunque, como en el caso latinoamericano, ésta se haya definido, en general, de inspiración comunista, marxista-leninista, la que fue a *grosso modo* la del *Che*. Aun así, ni los líderes, ni los guerrilleros en general ni el pueblo han dejado de expresarse en un lenguaje religioso, siempre y aun en momentos de aparente rechazo se han referido a sus vicisitudes en términos cristianos.¹¹ El mismo *Che*, en *Pasajes de la guerra revolucionaria* (1963), establece que doce fue el número de sobrevivientes del desembarco del “Granma” más Fidel, en la novelística cubana de la Revolución.” (Seymour Menton, 246) Sin embargo, a la larga, los años han demostrado que no sería Fidel Castro

el *Cristo americano*, sino aquel carismático y asmático rebelde argentino que lo acompañó en esa gran aventura que fue y sigue siendo, a pesar de los pesares, la Revolución en y para Cuba y para el resto de América.

Este guerrillero (andantesco), por cierto que el más querido y/o atrayente de todos cuantos han luchado en y por (*nuestra*) América Latina -su geo/topográfica y política amada, su *sin par* Dulcinea¹²-, ha sido cristificado, reitérese, ha sido convertido en (nuestro) Cristo por el pueblo fiel a la causa revolucionaria de los años 60-70 -y crucificado por quienes estuvieron en contra suya y de esta su aventura americana-, de allí la anécdota que traje a texto al principio de estas páginas y la observación que hice sobre lo que, a mi juicio, ocurrió al término de la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba. Tal cristificación, no obstante, fue algo que empezó a gestarse ya en vida del Comandante y que, consecuentemente, se intensificó y se consolidó después de su muerte, porque fue ésta la que acabó por mitificarlo definitivamente.¹³ Sin embargo, en la materialización y difusión de este fenómeno no ha intervenido únicamente el fervor/favor popular, también y de manera decisiva lo han hecho los poetas y los cantores -además de pintores y artistas visuales en general¹⁴-, quienes desde temprano y hasta ahora le han dado voz y forma (e imagen) a ese clamor de la gente. Por eso es que cuando se leen y escuchan -y ven, si son pictóricos, fotográficos y visuales en general- los *homenajes* poéticos y musicales que se le han hecho desde que murió y que hoy, *revival* postmoderno mediante, se reeditan, en especial los del último tipo, además de la profusión de otros materiales informativos en relación a su figura y trascendencia, no se pueden pasar por alto las muchas referencias, directas o indirectas, a esa comparación y/o asimilación con Jesucristo.¹⁵ Incluso, después de estudiarlos con cuidado, es posible afirmar que en esos *homenajes*, a través de sus propios cánones artísticos y, asumiendo el rol que no ha tenido ni tendrá el discurso religioso de América Latina en este asunto, ni siquiera el de los teólogos de la liberación, se ha cristificado al guerrillero.¹⁶ Atestiguándose en la mayoría de ellos, aún cuando no se refieran a esa comparación con Cristo de manera explícita ni pretendan hacerlo por diversas razones, la resurrección o el retorno del *Che*, como un artículo de fe poética y revolucionaria; o sea, han señalado/proclamado su redención de la muerte y, a veces, más radicalmente todavía, que ésta muerte nunca tuvo lugar. Son incontables los poemas, las canciones y los trabajos visuales que aseguran esto. Basta(ría) aquí citar el título de la canción de Lázaro García, "La muerte no es cierta" (CD *Tu querida presencia*, 1997), que resume nominalmente cientos de versos al respecto; o simplemente uno que proviene de la canción "Hombre" del cantautor cubano Silvio Rodríguez y que habla del *Che* como de un "hombre sin muerte."

Sin embargo, para una poetización revolucionaria de lo dicho no hay mejor ni más acabado texto que el del poeta salvadoreño Roque Dalton llamado "Credo del Ché", escrito a principios de los años setenta y que

forma parte de una colección titulada “Poemas para salvar a Cristo” firmada heterónimamente bajo el nombre de Jorge Cruz (*Poemas clandestinos* 42-67). Allí el famoso y querido guerrillero aparece como “El Ché Jesucristo” y como el “Cristo Guevara.” Pero, no se trata tan sólo de un fugaz par de referencias. Todo en el poema, desde su título, responde a una visión cristológica de los hechos y del personaje. En este poema el *Che* queda cristificado de tal manera que también cabe pensar que Cristo queda a su vez cheificado. El texto se puede dividir en dos partes -sin entrar al análisis del título, donde se revela el género discursivo del poema- que marcan lo que aquí se trata de (de)mostrar. La primera habla de la vida y de la muerte, habla de las consecuencias de su pasión boliviana hasta su asesinato y trágica desaparición:

El Ché Jesucristo
fue hecho prisionero
después de concluir su sermón en la montaña
(con fondo de tableteo de ametralladoras)
por rangers bolivianos y judíos
comandados por jefes yankees-romanos.

Lo condenaron los escribas y fariseos revisionistas
cuyo portavoz fue Caifás Monje
mientras Poncio Barrientos trataba de lavarse las manos
hablando en inglés militar
sobre las espaldas del pueblo que mascaba hojas de coca
sin siquiera tener la alternativa de un Barrabás
(Judas Iscariote fue de los que desertaron de la guerrilla
y enseñaron el camino a los rangers)

Después le colocaron a Cristo Guevara
una corona de espinas y una túnica de loco
y le colgaron un rótulo del pescuezo en son de burla
INRI: Instigador Natural de la Rebelión de los Infelices

Luego lo hicieron cargar su cruz encima de su asma
y lo crucificaron con ráfagas de M-2
y le cortaron la cabeza y las manos
y quemaron todo lo demás para que la ceniza
desapareciera con el viento

(*Poemas clandestinos* 48)¹⁷

Pero, téngase presente que si Jesucristo es lo que es, lo es no única y exclusivamente por su modo de vivir tan sabio y rebelde a la vez, ni por su apasionado modo de morir, sino, sobretudo, por revivir. Por tanto, si la cristificación del *Che* es algo más que un mero paralelo, algo más que la

utilización -deliberada o no, o sea, culturalmente determinada- de ciertos referentes histórico-religiosos para describir otros hechos históricos, lo mismo ha de tenerse presente en el caso del guerrillero. Paco Ignacio Taibo II, en su *Guevara also known as Che* (1997), ha sintetizado las claves de esta comparación entre Jesús y el *Che* al relatar en su biografía¹⁸ la muerte del revolucionario y al reflexionar sobre la forma de esta muerte, en la que sobresalen aquellas fotografías, tan expuestas al mundo desde entonces, esas imágenes de su cuerpo que lo muestran como al Cordero de Dios, cuyo sacrificio se ha consumado, como a Cristo bajado de la cruz, muerto pero ya vivo para siempre. Dice Taibo II: “In keeping with the terrible Christian tradition of venerating tortured Christ and saints riddled with wounds, the image inevitably evoked a lot: death, redemption, and resurrection.” (565) Esta tradición cristiana, que conforma gran parte de la religiosidad latinoamericana, ha prevalecido más allá de las posiciones políticas a la hora de interpretar el rol que cumple el *Che* Guevara en nuestro imaginario popular y poético, en nuestra historia y cultura o, si se quiere en términos teológicos, el lugar que tiene su figura en nuestra teodicea como pueblo, en el firmamento de nuestros dolores y esperanzas.

La segunda parte del poema de Dalton, aunque más breve, habla de la resurrección. En esta quinta estrofa y última, el poeta, luego de haber seguido como cosa propia, identificándose, la pasión del “Ché Jesucristo” y de haber deplorado la tragedia y felonía de su muerte, asegura que ésta, en realidad, no pasa de ser una ilusión para quienes la han deseado y la han ejecutado, porque este guerrillero, contra toda previsión, no ha muerto para los suyos, atribuyéndosele en estos versos un acto final y total de rebeldía y la encarnación de una voluntad superior, aunque el referente de esta voluntad superior sea aquí no Dios ni el lugar privilegiado de su derecha, el que ocuparía su Hijo, sino que el referente es la humanidad -y de ella especialmente los que sufren- y el lugar ideológico de la revolución, la izquierda. Con esto Dalton lleva a cabo también un acto de rebeldía cultural y una autodeconstrucción poética de su discurso cristológico: su “Cristo Guevara” no es Hijo de Dios, es Hijo de los hombres. Habiendo sido crucificado y asesinado, es decir habiéndosele quitado la vida y negado su mensaje/misión de libertad, el *Che* reacciona con el acto más violento y amoroso de esperanza: resucita. Una esperanza de índole revolucionaria en este caso: el resucitar aquí implica quedarse y continuar en pos de la utopía, del reino en la tierra.

En vista de lo cual no le ha quedado al Ché otro camino
que el de resucitar
y quedarse a la izquierda de los hombres
exigiéndoles que apresuren el paso
por los siglos de los siglos
Amén.

A parte de que Roque Dalton lograra con este texto, como se dijo, el poema más acabado en cuanto a la formulación cristológica del *Che*, también da en la clave de la cristología como discurso sobre la persona de Cristo: la resurrección. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el asunto de la resurrección puede ser visto como una cuestión del cuerpo o como una cuestión de creencia de que el que ha muerto vive y está entre nosotros. Hélos ahí los extremos de este pensamiento teológico, pudiéndose ir de lo uno a lo otro, pero no dejar de reconocer que el resucitar menta una presencia efectiva y real en relación a la fe que la declara y proclama. Reférese, en este caso se trata, entre nosotros, de una “querida presencia.”

En esta proclamación al final del poema de Roque Dalton se sintetiza el *kerigma* poético -y popular- de la resurrección o retorno del *Che* Guevara. Tal es el tema recurrente -el común denominador- de todos los *homenajes* en poesía, canciones y todo tipo de artes visuales y/o virtuales, como se dijo, que se le han hecho después de su muerte, observados éstos, por supuesto, desde una perspectiva que destaca aquí su configuración cristológica.

NOTAS

1 Uno de estos resultados se dio, casi dos meses después, a mediados de marzo, con un anuncio oficial de la Casa Blanca en el que se expresaba que el gobierno de Clinton había tomado la decisión de suavizar un poco su agresiva política hacia la isla, permitiendo los vuelos de carácter humanitario a Cuba. Mike McCurry, vocero del Presidente, explicó que con este gesto el primer mandatario estadounidense esperaba atender al llamado que Su Santidad hiciera al mundo durante su visita de enero, apoyando con ello además la labor de la iglesia y otros organismos civiles locales, para preparar así a “the Cuban people for a transition to democracy.” Fidel Castro se mostró cauteloso aunque optimista. (*The Washington Post* Saturday, March 21, 1998, A17.) De esto muy poco se ha sabido después desafortunadamente.

2 Hay que tener en cuenta que la imagen del *Che* se encuentra en todas partes de Cuba y, en especial, en La Habana, porque como lo dijo Nicolás Guillén en uno de sus poemas guevaristas (“Che Comandante”): “Cuba te sabe de memoria. Rostro / de barbas que clarean. Y marfil / y aceituna en la piel de santo joven.” (Fornet, 109-111) Así lo pueden constatar los simples visitantes y los observadores más especializados (Ileana Rodríguez, 61). Véase también para esto el *Che Guevara* (1997) de David Sandison. Esto sin mencionar que su imagen está presente de mil maneras en casi todas partes y rincones del mundo y, sobre todo, en América Latina. Incluso, ahora el Che es uno de los tatuajes que exhibe en su cuerpo, en su costado izquierdo, el boxeador estadounidense Mike Tyson al reaparecer el 16 de enero de 1999, después de estar ausente del ring algún tiempo debido a su mal comportamiento deportivo durante su última pelea.

3 Juan Pablo II es el Papa que ha viajado más en la historia vaticana, su *record* hasta la fecha es de 85 viajes al extranjero. También ha sido el más activo: 802 beatificaciones, 280 canonizaciones, 157 investiduras cardenalicias. Además se cuenta entre los *bestsellers* de todos los tiempos, 1.75 millones de *Crossing the Threshold* (1994) vendidos. Véase *Man of the Century* de Jonathan Kwitny para estos y otros datos al respecto.

4 Curioso pero pertinente resulta citar aquí un par de breves entradas que David Kunzle incluye en la sección “Miscellaneous” de su *Che Guevara. Icon, Myth, and Message* (1998). La primera: “**Papal Indulgence.** On 25 May 1964, a very Catholic aunt of Che’s requested from the Pope, and was granted, a plenary indulgence for him.” La segunda: “**Pope Meets With Castro,** but not with Che. ‘Plain clothes Vatican security guards intervened when sympathizers attempted to display a banner picturing the Cuban revolutionary martyr Che Guevara.’ (*Los Angeles Times*, 20 November 1996, p. A4).” (105 y 105, respectivamente).

5 “San Ernesto de La Higuera”, de acuerdo a una de las más famosas fórmulas líricas al respecto y que pertenece a la letra de Rubén Ortiz titulada “Zamba del Che”, cantada y popularizada por el cantautor chileno Víctor Jara, muerto a mano de los militares durante el Golpe de Estado que también cobró la vida del Presidente Salvador Allende en 1973. Otra referencia al respecto se encuentra en la canción “Con la adarga al brazo” del cubano Frank Delgado: “Guevara tu vuelves al camino con la adarga al brazo / pintado en los pulóveres de los muchachos / o vigilante desde la pared / por eso te llevo en mi cartera como un buen resguardo / o como la casera estampita de un santo / para que me proteja y me hale las orejas / si algún día malo me olvido del Che.” (CD *Tu querida presencia*, 1997).

6 Brian Loveman y Thomas Davies dicen en su “Postscript” a *Guerrilla Warfare* (1997) del Che, que el “Che Guevara was a romantic - a romantic who believed that human volition and small bands of armed guerrillas could be instruments for overturning tyranny and creating more just and humane societies.” (424).

7 Habría que consignar aquí que también se ha sugerido verlo como una figura materna y, por lo tanto, en la función simbólica de la Virgen Madre/María. Esto lo plantea Ileana Rodríguez, bajo la égida de la crítica feminista y en consonancia con las teorías de Julia Kristeva, prestando atención, cuando lee el *Diario* y los hechos bolivianos, al aspecto femenino -a lo sensible, lo tierno (amoroso), lo protector, lo doméstico de muchas de sus preocupaciones con la tropa-, de esa compleja/ambigua relación con lo masculino, ambos aspectos, según Rodríguez, tan marcados, aun en la escritura de este guerrillero, y que se dieron en una tan peculiar armonía que el aura / la aureola que lo corona, a los ojos de sus compañeros y de mucha gente, es doble y, así, más iridiscente. (49-61).

8 Algunos epítetos que allí aparecen: “Señor Cristo americano”, “Nazareno de los Incas” [cierto matiz indigenista se observa en este], “auroral semilla nuestra”, es decir de “esta América sangrada” que busca(ba) su liberación.

9 No obstante, hay que considerar que existen opiniones contrarias a esto aunque se reconozca ampliamente el fenómeno cultural, véase el capítulo 8 (“Chesucristo: The Christification of Che”) del libro de David Kunzle. (78-87) Habría que

recordar a propósito aquí el final de “Una canción necesaria (Al Che, no in Memoriam)” del canta-autor Vicente Feliú: “Algún poeta dijo y sería lo más justo: / desde hoy nuestro deber es defenderte de ser dios.” (CD *Tu querida presencia*, 1997).

10 Frank Delgado expresa esto de manera emblemática en su canción “Con la adarga al brazo”: “Aprendí tu diario y tus mañás de orador / como la biblia moderna / y con Che comandante y la Suite de las Américas / ya completé el rosario y el Avemaría / de mi religión.” (CD *Tu querida presencia*, 1997).

11 Ni los intelectuales de izquierda han soslayado el asunto. Un ejemplo reciente aparece en el libro *El humanismo del Che y los senderos de la revolución* (1997) de Orlando Núñez Soto, donde se lee en la primera página y a modo de subtítulo confesional: “El Che ha sido para los socialistas nuestro Jesús del siglo XX.”

12 Otra de las posibles formas de verlo es como un fenómeno quijotesco. El mismo se reconoce como tal en la última carta a sus padres, donde comienza diciéndoles: “Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante, vuelvo al camino con mi adarga al brazo.” (*Obras escogidas* 693) Quienes han comentado este aspecto son Daniel James (1969), Luis González y Gustavo Sánchez (1969) y Núñez Soto (1997). Véase una reflexión más detallada sobre esto en mi ensayo “América como Dulcinea: Cervantes, el *Che* y el Subcomandante Marcos.”

13 Entre los muchos que han reconocido este hecho, Jorge Castañeda lo sintetiza así en su *Compañero* (1997): “it was his death itself that counted most in the creation of the myth, and in the construction of the consonance between the man and the time.” (395).

14 Hay a la fecha toda una nutrida iconografía que se estudia y expone en detalle en el mencionado libro de David Kunzle.

15 Véase la bibliografía de este trabajo para una lista de esos *homenajes*, señalados con el símbolo ✠ al inicio de cada uno, siendo el primero el que editara León Felipe en el año 1969.

16 No obstante, cabe tener en cuenta ciertas posiciones al respecto que se dieron poco después de la muerte del Che por parte de algunos religiosos de la época, en especial un texto que el sacerdote argentino Hernán Benítez publicara en la revista *Cristianismo y Revolución* y que fuera recogido, traducido al italiano como “Testimonianza”, en el libro *Teologia della Rivoluzione* (1969). Para Benítez el Che adquirió, gracias a su vocación justiciera (revolucionaria), en la conciencia popular “i contorni trascendenti del prototipo del cristiano eroico.” Por lo que concluye: “Non so se il `Che` avesse un’esplicita fede religiosa nel suo cuore. Ma vedo molto chiaro che, se la sua lotta fu ispirata dall’anelito della giustizia, della redenzione sociale, dell’amore per il prossimo, egli è un eroe cristiano. Sapendolo o senza saperlo cercò Cristo dove in primo luogo occorre cercarlo, fra i piú derelitti.” (Vaccari, 32-33) En este terreno hay un hecho editorial reciente que vale la pena destacar: la portada del libro *Liberation, Theologies, Postmodernity and the Americas* (1997), editado entre otros por David Batstone y Eduardo Mendieta, ha sido ilustrada con la fotografía del mural de José Antonio Burciaga que se encuentra

en Stanford University (California), "Last Supper of Chicano Heroes", donde el Che aparece en el lugar de Jesús, rodeado de otras figuras (apostólicas, dicho esto en un amplio sentido) de la historia de las Américas.

17 Hay que tener en cuenta, como anota David Sandison, que su asesinato -donde quedan implicados el gobierno boliviano, sus fuerzas militares y la CIA- fue un error porque creó un mártir y, tal cual se ha dicho, glorificó su muerte. (10)

18 Todas las biografías del Che son de algún modo especies de evangelios o, en su defecto, al menos discursos hagiográficos, incluso el de Sandison, quien pretende, con la distancia de los años, revisar y resituar a este ser ya legendario, pero de todos modos cae en eso en el capítulo "The Early Years" (15-21) de su libro, lo cual demuestra el peso que tienen esos géneros a la hora de (re)contar los hechos (milagros) de esta vida. Algo similar podría decirse del *Compañero* de Jorge Castañeda.

OBRAS CITADAS

Barrenechea Zambrana, Ramiro, ed. *El Che en la poesía boliviana*. La Paz, Bolivia: Caminamos, 1995.

Batstone, David *et al.*, eds. *Liberation, Theologies, Postmodernity and the Americas*. London and New York: Rutgers, 1997.

✠ Betto, Frei. *Cantar del Che*. Montevideo, Uruguay: Comunidad del Sur, 1967.

Beverley, John and Marc Zimmerman. *Literature and Politics in Central America Revolutions*. Austin, TX: U of Texas P, 1990.

Boff, Leonardo. *Passion of Christ, Passion of the World*. Translated from the Portuguese by Robert R. Barr. Maryknoll, NY: Orbis Books, 1987.

Bonpane, Blasé, ed. *Guerrilla of Peace. Liberation Theology and the Central American Revolutions*. Boston, MA: South End Press, 1985.

✠ *Canto épico a la ternura (I y II partes)*. [Video] Ciudad Habana, Cuba: Mundo Latino, s/f. 52 min. aprox. c/u.

Castañeda, Jorge G. *Compañero. The Life and Death of Che Guevara*. Translated from the Spanish by Marina Castañeda. New York, NY: Alfred A. Knopf, 1997.

Correa-Díaz, Luis. "América como Dulcinea: Cervantes, el Che y el Subcomandante Marcos." *Revista Taller de Letras*. (Universidad Católica de Chile) Próximamente.

Creveld, Martin van, ed. *The Encyclopedia of Revolution and Revolutionaries. From Anarchism to Zhou Enlai*. New York, NY: Facts on File, 1996.

El Che, el amor, la política, la rebeldía. [Video] Ciudad Habana, Cuba: Mundo Latino, s/f. 45 min.

El Che Vive! 1967-1997. [Cassette] France: Last Call Records, 1997.

Dalton, Roque. *Poemas clandestinos. Clandestine Poems*. Tr. by Jack Hirschman. Edited by Barbara Paschke and Eric Weaver. Introduction by Margaret Randall. Willimantic, CT: Curbstone Press, 1990.

Felipe, León, ed. *Poemas al Che*. (Edición de Barcelona, facsímil de la Casa de las Américas, 1969), 1976.

Ferry, Anne. *The Title to the Poem*. Stanford, CA: Stanford U P, 1996.

Fornet, Ambrosio, ed. *Poemas al Che*. La Habana, Cuba: Instituto del Libro, 1969.

Fornet, Ambrosio y Winston Orrillo, eds. *Poemas al Che*. Lima, Perú: Causachun, 1972.

Guevara, Ernesto Che. *Guerrilla Warfare* Third edition with revised and updated Introduction and Case Studies by Brian Loveman and Thomas M. Davies, Jr. Wilmington, DE: SR Books, 1997.

- - -. *Obras Escogidas 1957-1967*. La Habana, Cuba: Editorial de Ciencias Sociales, 1991.

Harlow, Barbara. *After Lives. Legacies of Revolutionary Writing*. London and New York: Verso, 1996.

Kwitny, Jonathan. *Man of the Century. The Life and Times of John Paul II*. The Holy See. College of the Cardinals.

Lao, Meri. *Al Che. Poesie e Canzoni dal Mondo*. Rome, Italia: Erre Emme, 1995.

Loviny, Christophe. *Che. Una vida en imágenes*. Tr. castellana de María del Carmen Doñate. Barcelona, España: Grijalbo, 1997.

Maestre, Juan, ed. *Ernesto Che Guevara*. Madrid, España: Ediciones de Cultura Hispánica, 1988.

Menton, Seymour. *La narrativa de la Revolución cubana*. Madrid, España: Playor, 1978.

Núñez Soto, Orlando. *El humanismo del Che y los senderos de la revolución*. Managua, Nicaragua: Cuadernos Literarios, 1997.

Poemas al Che. La Habana, Cuba: Instituto del Libro, 1969.

Por siempre Che. [Cassette] Santiago de Chile: Alerce, 1997.

Rodríguez, Ileana. *Women, Guerrilla & Love. Understanding War in Central America*. Translated by Ileana Rodríguez with Robert Carr. Minneapolis, MI: U of Minnesota P, 1996.

Sandison, David. *Che Guevara*. New York, NY: St. Martin's Griffin, 1997.

Sobrino, Jon, S.J. *Christology at the Crossroads. A Latin American Approach*. Translated by John Drury. Maryknoll, New York: Orbis Books, 1978.

Taibo II, Paco Ignacio. *Ernesto Guevara, también conocido como El Che*. España: Planeta, 1997. *Guevara Also Known as Che*. Translated by Martin Michael Roberts. New York: St. Martin's Press, 1997.

✠ *Tu querida presencia*. [Compact Disc] México/Cuba: Bis Music, 1997.

Vaccari, Giuseppe. *Teologia della Rivoluzione*. Milano, Italia: Giangiacomo Feltrinelli Editore, 1969.